

CELIA CORCHUELO-FERNÁNDEZ / C. M. ARÁNZAZU CEJUDO-CORTÉS
PILAR MORENO-CRESPO / OLGA MORENO-FERNÁNDEZ
(COORDS.)

Trazos de pedagogía contemporánea

**Autores, ideas y obras para
una educación transformadora**



Trazos de pedagogía contemporánea

Trazos de pedagogía contemporánea



Autores, ideas y obras para una educación transformadora

CELIA CORCHUELO-FERNÁNDEZ

C. M. ARÁNZAZU CEJUDO-CORTÉS

PILAR MORENO-CRESPO

OLGA MORENO-FERNÁNDEZ

(coords.)

EDICIONES TREA

Este libro, financiado por el Vicerrectorado de Innovación y Empleabilidad de la Universidad de Huelva, forma parte de un Proyecto de Innovación Docente (PID) de dicha universidad en el que ha colaborado el Grupo de Investigación en Educación: Salud, Medioambiente y Ciudadanía (ESAMEC) HUM-1027 de la Universidad de Sevilla.

Primera edición: septiembre de 2020

© del texto: los autores de cada capítulo, 2020

© de esta edición:

Ediciones Trea, S. L.

María González la Pondala, 98, nave D

33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)

Tel.: 985 303 801. Fax: 985 303 712

<trea@trea.es>

<www.trea.es>

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici

Producción: Patricia Laxague Jordán

Corrección: Pablo Batalla Cueto

Depósito legal: AS 00150-2020

ISBN: 978-84-18105-74-6 (digital)

ISBN: 978-84-17987-93-0 (en papel)

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Preámbulo	9
Introducción	11
1. Pestalozzi y su praxis educativa: estudio y acción en la sociedad. ... Jorge Ruiz Morales	15
2. Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza: la educación de la persona social	29
Heliodoro Manuel Pérez Moreno	
3. Manuel Bartolomé Cossío: educador antes que instructor	51
Nieves Martín-Bermúdez, Olga Moreno-Fernández	
4. Dra. Maria Montessori: sanadora de cuerpos, espíritus y sociedades.	69
C. M. Aránzazu Cejudo-Cortés, Celia Corchuelo-Fernández, Rosario Cejudo-Cortés	
5. John Dewey: el cambio a través de la acción	85
Celia Corchuelo-Fernández, C. M. Aránzazu Cejudo-Cortés	

6. El método Freinet: la pedagogía que revolucionó la escuela	99
Mario Ferreras Listán, María Auxiliadora Corredera Rebollo	
7. Los colores Summerhill	113
Juan Ramón Jiménez-García, Juan Ramón Jiménez Vicioso	
8. Freire: la condición política de la educación	129
Pilar Moreno-Crespo, José Antonio Ruiz Rodríguez	

Pestalozzi y su praxis educativa: estudio y acción en la sociedad

JORGE RUIZ MORALES
(jrui2@us.es)
Universidad de Sevilla

Introducción

Me aproximo a estudiar la obra de Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827) tal como lo hiciera veintiséis años atrás, cuando estudiaba el primer curso de pedagogía en la Universidad de Sevilla: releendo su última obra, *Cartas sobre educación infantil*, porque se escribe al final de su vida, entre los años 1818-1819 (él fallece en 1827). Su historia es curiosa: la escribe pensando en su publicación en inglés, pero el manuscrito en alemán que, con vistas a esa traducción, dirige a su amigo Greaves se pierde. La traducción se convertirá así en el original y será traducida a su vez al alemán más tarde. Muy recomendable, nos sirve de síntesis, porque recoge varios de sus principales intereses, principios y aportaciones.

Sobre Pestalozzi se ha escrito más de lo que se ha leído: en ello coincido con Soëtard (1987). Muchos lo citan, pero en ocasiones sin haber profundizado suficientemente en su obra. A nosotros, para la elaboración de este capítulo, nos ha interesado, además de su obra, lo que sobre ella han escrito quienes la han investigado verdaderamente, caso de Soëtard (1987), Silber (1974) o Heafford (2016); porque a veces la fuente primigenia nos ofrece su pensamiento con claridad, pero el diálogo con el análisis efectuado por investigadores nos ofrece más ángulos y perspectivas, también importantes para comprender la profundidad del pensamiento pedagógico de Pestalozzi en la actualidad.

Pestalozzi viaja hasta nuestros días

El pensamiento de Pestalozzi se nutre del de Kant y Rousseau y ha permeado a otros autores, tales como M. Montessori y R. Wild, representantes ambas de una educación activa que se abre paso en la actualidad en los centros y espacios educativos denominados *activos, alternativos o libres*. Wild, estudiosa y seguidora de Montessori, pondrá de nombre *Pesta* al primer proyecto que organice en Quito (Ecuador) en los años setenta, en honor a nuestro autor.

Pestalozzi aprende de su práctica y se apoya en la lectura de autores clásicos, construyendo así su filosofía de la educación. Escribe: «Habrà llegado la época en que ya no se pregunte más si una teoría coincide o no con los inte-

reses de una clase de personas o con las ideas preconcebidas de otro grupo de ellas, sino que lo que se funda [lo hará] en la observación, en la experiencia, en un correcto empleo de la razón» (Pestalozzi, 1988, p. 32). Tal será la perspectiva que adopten también algunos de los principales autores de los siglos XIX y XX: las ya citadas y también Magaluzzi, Piaget, Freire o Pikler. Pudiéramos distinguir sin miedo entre quienes hacen de su praxis un campo de investigación para construir su filosofía de la educación y aquellos cuyo pensamiento es, en cambio, un constructo teórico y abstracto alejado de toda forma de vivir la educación, sin reconocer dudas, tensiones ni conflictos. Estos últimos poco pueden aportar al pedagogo, al educador, al maestro o al profesor.

Pestalozzi denominaba *comunidad de pensadores* a la así construida sobre la experiencia y la investigación y planteó numerosos cuestionamientos de enorme profundidad; esencialistas. Veía en la educación el potencial transformador que otros como él (Comenio, Rousseau, más tarde Freire) le atribuían y atribuirían para abordar las contradicciones de la sociedad, la pobreza y la injusticia. Todos comparten con Pestalozzi su afán de contagiar; de dejar un legado pedagógico. Aquel escribe sus *Cartas sobre educación infantil* con la intención de que sean de utilidad en el Reino Unido, pero la obra viajará a toda América y se convertirá en un referente para la pedagogía moderna. Compartía Pestalozzi de algún modo aquello de que quien invierte en la educación infantil lo hace en la sociedad del futuro. Le interesaba la niñez por su entidad propia, pero también por su proyección hacia el porvenir. Y era para él el periodo más sublime e importante del humano devenir. A ella dedicó gran esfuerzo, y si en su tiempo se hubiera escrito la Declaración de los Derechos del Niño, habría sido probablemente su redactor.

La educación que recibimos en los primeros años de vida orienta nuestro crecimiento futuro y eso dota de entidad propia a esta etapa educativa, creía Pestalozzi, y ese pensamiento mantiene plena actualidad. Pestalozzi empieza, en 1818, su primera carta a su interlocutor, Greaves, diciéndole: «Compláceme el ver que aprecia Ud. la importancia que tiene la educación en la época más temprana de la vida, cosa que casi nadie ha sabido reconocer» (1988, p. 3). A renglón seguido, se centra en lo que ha interesado a las instituciones: mejorar la escuela y sus métodos de enseñanza. Ambas cuestiones son, dos centurias después, el eje de reflexiones y análisis académicos del presente que señalan

con pesar que la formación universitaria de quienes en el siglo XXI se ocupan de la educación infantil, primaria y secundaria se centra en la didáctica específica de las disciplinas de estudio, en la organización escolar general, en los métodos de investigación, en los contenidos específicos de las asignaturas, en los principios teóricos de la educación y su historia, pero muy poco —casi nada— en los procesos de desarrollo y madurativos, la evolución del aprendizaje, los intereses y necesidades de la niñez o la construcción y dinamización de ambientes preparados para el aprendizaje; menos aún en el rol del docente como facilitador de aprendizaje no dirigido y autoaprendizaje. Es decir, lo que inquietaba a Pestalozzi en 1818 es muy similar a lo que hoy vertebramos los análisis de quienes en el siglo XXI se preocupan por la educación y ha provocado la emergencia de proyectos, experiencias y escuelas activas, de carácter público o privado, coprotagonizadas por profesionales, familias y niños: véase LUDUS (<<https://ludus.org.es/es>>).

Otro aspecto que hoy es clave y lo era también para Pestalozzi es el rol crucial de las familias en el cambio educativo a través de su apoyo y asesoramiento a los profesionales de la educación comprometidos con el cambio social y la innovación educativa. Pestalozzi se fijaba en las madres como protagonistas y corresponsables de la educación de sus hijos e hijas, haciendo prevalecer su instinto, su amor y la conexión con sus hijos por encima de libros, conocimientos y formación que les eran ajenos; y hoy son efectivamente las mujeres quienes se hallan en primera línea, coliderando el cambio de paradigma en la sociedad y en la educación. Pestalozzi partía en esta cuestión de una reflexión muy de sentido común: si ella es la encargada de alumbrar a quien será parte de nuestra sociedad y de la naturaleza, ¿quién mejor para responsabilizarse de su educación? La madre —afirmaba— debe observar y amar de forma reflexiva, consciente: dos elementos ampliamente compartidos hoy por quienes se afanan en un acompañamiento del proceso madurativo de la niñez, sin interferir en su actividad. Este interés y compromiso de la madre con la crianza, la sitúa en un papel protagonista, situando a la escolarización temprana de niños y niñas, en su segundo plano. La institución escolar refuerza por encima de las cuestiones relacionadas con la crianza y la educación el mantenimiento de un *statu quo*, ampliamente identificado por autores como Bourdieu (2011), Larena (1980), Varela y Uría-Uría (1991).

Análisis de la educación en la niñez y principios básicos

Pestalozzi (1988) explica así la niñez y el valor del sentido de globalidad en el aprendizaje: «Un niño es un ser dotado con todas las facultades de la naturaleza humana, si bien ninguna de ellas ha alcanzado aún su desarrollo: es como un capullo no abierto todavía» (p. 9). Termina señalando que la madre, o quien se encargue de su educación, debería poner los medios para que cada una de sus capacidades se desarrolle en armonía, según sus ritmos internos. «Hay que cultivar de tal modo las facultades de la persona que ninguna de ellas predomine a costa de otra» (p. 20); todo ello en conexión con el entorno y muy especialmente los colores, sonidos y texturas de la naturaleza: «De un modo patente están surgiendo los primeros brotes de aquella actividad espiritual que el día de mañana se requerirá para observar cosas, para relacionar acontecimientos o averiguar sus causas desconocidas» (p. 11).

Para Pestalozzi, el proceso de aprendizaje debe ser dinámico, vivo. El niño siempre debe estar aprendiendo, interesado, ávido, curioso; y Pestalozzi responsabiliza al educador de su aburrimiento; de su desgana por aprender. Ello lo aproxima a una perspectiva crítica sobre los procesos de aprendizaje y la cultura escolar. Pestalozzi señala que ni el castigo, ni el autoritarismo, ni la amenaza son las mejores formas para que el niño aprenda. Asevera: «Sabrán por propia experiencia que se ofrecen mayores posibilidades de éxito cuando se trata a un niño con bondad que cuando se emplean con él otros medios» (p. 27).

La escuela, institución que se interpone entre la familia y el Estado, debía ser para Pestalozzi diferente a como solía ser en su época. Debía estar —y así lo entendió él en los diferentes proyectos, al menos cuatro, que desarrolló a lo largo de su acción educativa— en relación con la realidad social de donde surgía: nuevamente, un análisis muy actual, pues sigue valiendo hoy la constatación de que la escuela debiera estar abierta al barrio y la programación, adaptada a la realidad del aula; que la escuela depende del contexto socio-cultural y es un medio para el desarrollo de la comunidad. Pestalozzi llega a señalar que el pedagogo o educador no debe estar al servicio de la institución escolar, sino que esta debe ser un instrumento para la libertad y la responsabilidad; que su finalidad debe ser la humanidad. En su libro de 1818 (reeditado

en 1988), nos habla del valor de la autonomía: solo quien es autónomo puede verdaderamente actuar; sólo él es auténticamente libre. Quien cultiva la libertad, desarrolla la autonomía para obrar en la vida desde su verdad. Pestalozzi quiere que la verdad sea conocida por el niño y que no se distraiga; que se lo oriente a lo importante, «al manantial de la verdad» (p. 15); y defiende en su tiempo el «derecho a la libertad de conciencia y del propio juicio» (p. 32).

Pestalozzi reconoce lo obvio del desvalimiento del ser humano en sus primeros años, pero señala también su potencial infinito apoyándose incluso en su instinto animal; en su parte más salvaje: el niño va perfeccionando cada día su desarrollo mediante el aprendizaje y ello es crucial en este momento en que la madre juega un papel fundamental, generando el vínculo con ella la seguridad para crecer. La independencia suficiente para emprender el viaje hacia lo ajeno, hacia los objetos, personas y situaciones que lo alejan de su madre, del educador y de la propia institución, emerge así. A este proceso se refiere en la carta XIX, que como tantas otras encierra un pozo de enorme sabiduría. Alcanza Pestalozzi en este libro a hablarnos de la formación de la inteligencia, la ampliación del círculo de relaciones, la atención al desenvolvimiento de las facultades del niño, etcétera.

Pestalozzi contactó con la niñez con una capacidad de observación y de análisis que le permitieron ver más allá de lo que la realidad mostraba e interpretar los acontecimientos personales y colectivos en un contexto histórico, tomando lo sencillo como parte de lo complejo y haciendo de la complejidad su forma de estudio, enseñanza que sigue gozando de la mayor vigencia. El espacio y el movimiento tienen para él un sentido crucial: sin ellos no se puede entender la educación en un aula, porque el ser humano es un ser social. El niño debe ser instruido de tal manera que se valga progresivamente por sí mismo; y para ello, el apoyo, el vínculo, la seguridad, el amor para con la persona adulta —sea madre, cuidador, educador o pedagogo— son aspectos fundamentales.

Están presentes de modo recurrente en Pestalozzi la espiritualidad, la religión cristiana, la divinidad, lo simbólico, pero no podía ser de otro modo. Sería absurdo pretender desarraigarlo de su momento histórico y analizar su pensamiento a partir de nuestra realidad y nuestras preocupaciones, tales como la perspectiva de género o la atención a la diversidad funcional. De lo que se trata

es de aprender de aquello que sí lo hacía original y adelantado a su tiempo, recordemos que el final del siglo XVIII y el principio del XIX.

La educación y el desarrollo comunitario

En sus primeros años, Pestalozzi pone en marcha el proyecto Neuhof (1770) con la intención de comprometerse con la infancia en el medio rural; un medio que, a diferencia del urbano de la época en Suiza, adolecía de inestabilidad económica, pues dependía de la siempre un tanto insegura producción agrícola. Buscaba Pestalozzi construir un proceso educativo ligado al trabajo y que posibilitara un desarrollo comunitario coprotagonizado por niños y niñas; y fue aquel su primer intento, entre otros, de llevar a la realidad sus ideales en relación con la vida. Pero la infancia era para él en aquel momento un instrumento al servicio de su sueño para la edad adulta; carecía de una entidad propia que sí irá cobrando cuando desarrolle más su método.

De la experiencia de Neuhof (1770), con todos sus altibajos, pasamos a la de Stanz, que se inicia en enero de 1799, y después a Burgdorf (1800). Ninguna de las dos resiste los envites de la guerra. Por último, Pestalozzi pone en marcha Yverdon, que como el proyecto de Malaguzzi en Reggio Emilia y el de Wild en Quito, se convertirá desde 1805 en un lugar de peregrinación pedagógica. Dos obras pestalozzianas de obligada lectura son *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo de la especie humana* (1797) y *El método*.

El sentido de comunidad adquiere una dimensión diferente en Neuhof y el resto de los proyectos, porque Pestalozzi va pasando a vincular la educación de niños y niñas con la construcción de ciudadanía, el desarrollo de la comunidad y el de la persona, virando hacia ello todo su método. Un método al que él critica; que surge de sus propias reflexiones sobre las técnicas que intenta poner en marcha, porque su importancia no es tanto lo que aporta como producto cuanto un sentido de búsqueda que respeta por encima de todo el devenir; el proceso de desarrollo del niño. Según Soëtard (1987), Pestalozzi no dejó de esforzarse en construir su praxis educativa conectada con su tiempo histórico y arraigarla en una actitud que se convertiría en la razón de ser de toda su vida.

No había varitas mágicas ni pedagógicas; tampoco artificios: buscar y cuestionarse era el método de Pestalozzi. Este permitía que lo que aconteciese lo hiciera a partir de la realidad de cada persona, al ritmo en que el interior del niño o niña fuera marcando, preservando la autonomía y la singularidad de cada persona, algo más original que el proceso de acompañamiento o de enseñanza en una educación más tradicional.

Es fácil, en aquel tiempo como en este, cautivarse por la innovación sin comprender que esta es una respuesta del profesional al momento educativo que vive; que esta no es una respuesta aprendida o una estrategia que pueda utilizarse de manera extemporánea. La innovación responde a una concepción de la vida, de la sociedad y de la profesión en un contexto social, cultural, educativo dado. En ocasiones tenemos la sensación de que fuese necesario ser innovador para ser considerado un buen profesional. Y sería interesante un diálogo con Pestalozzi sobre este asunto: seguramente su gran innovación fue la respuesta que él construyó para la realidad que habitaba en cada proyecto, sin importarle lo que en ella se pudiera calificar de *innovación* o no. A juicio de Soëtard (1987), comprendió que el método y todos sus componentes son instrumentos a fin de que cada profesional de la educación realice algo que no se encuentra en el propio método y que resulta ser de una naturaleza totalmente diferente a la de su proceso mecánico: la libertad autónoma.

Makarenko, Montessori, Freinet, Piaget, Pikler o Wild fueron elaborando también sus leyes desde la observación, en contacto con la realidad social y educativa, dando por encima de todas las cosas importancia a la capacidad del niño, llegando a construir leyes que nos han ayudado a comprender el desarrollo humano. Pestalozzi terminará concluyendo que, si en la interpretación del método y en el análisis de la realidad educativa pudiera observarse alguna mejora, potencialidad o situación que, siendo positiva, no estaba prevista, ha de aceptarse como nueva oportunidad de conocimiento. Pestalozzi no quiso nunca que sus principios constriñesen en modo alguno la realidad ni el entendimiento de los educadores, y sí que estuviesen al servicio de ellos y siempre con atención plena hacia la niñez. Es un práctico entre los prácticos; su acción está al servicio de su teoría y esta nunca es abstracta ni desarraigada de cada realidad, persona, proyecto. Viajando por cada una de sus experiencias, descubrimos, como ya se ha apuntado, que Pestalozzi pasó de considerar a

la niñez al servicio de sus intereses y concepciones educativas o humanas a tomarla como punto de referencia para construir la democracia, la libertad y el desarrollo de la comunidad. Lo que cada proceso, incluido Yverdon, quiso ser, lo hizo depender de cada situación. Ello no fue del todo entendido, pero hoy podríamos asemejarlo al *desde/con* que Muñoz (2003) planteara como estrategia en los procesos de participación y educación: partir de los intereses, necesidades, sueños, propuestas, etcétera, del niño con el apoyo, experiencia, conocimientos de la persona adulta.

Pestalozzi no colocaba a la niñez al servicio de sus teorías, principios y métodos, sino estos a disposición de aquella a través de la acción educativa. Consiguió que las diferentes realidades personales y pedagógicas no fueran vistas a través de los anteojos de un enfoque educativo, sino que este fuera un instrumento en lugar de una finalidad. En ocasiones, nuestros propios desconocimientos sitúan los principios educativos, psicológicos, sociológicos, etcétera, como fundamentos de nuestra interpretación y acción, llegando a hacernos interpretar la acción individual solo desde una clasificación, perspectiva o categorías, sin entender que estas funcionan como analizadores que nos sirven para comprender por qué ocurren del modo que observamos, saberlas interpretar y actuar. Un niño o niña puede aprender a andar por sí mismo con nueve meses o con catorce, esa conquista le llevará a otros aprendizajes y oportunidades de desarrollo y no debe importarnos si está en tal o cual estadio de desarrollo o percentil.

La educación es puesta al servicio del desarrollo de la comunidad desde una perspectiva cada vez más personalizada; y así como en Neuhof primó la mirada más utópico-social, en Yverdon Pestalozzi conjugaría la importancia de partir del individuo con la idea de construir una comunidad con la que cada persona se sintiera identificada, satisfecha, orgullosa y corresponsable. Este tránsito es fruto de la maduración educativa del autor, que decide centrar sus esfuerzos en cada individuo, lo que puede ser visto como una educación personalizada, porque parte de cada realidad particular para construir esa comunidad que de modo democrático y participativo quieren sus coprotagonistas, en este caso niños y niñas.

La educación popular: una constante desde sus inicios

Pestalozzi logró en sus diferentes experiencias ubicar la institución escolar en el sitio que le corresponde: a caballo entre la familia y el Estado, comprometida con los desfavorecidos sin intentar alienarlos con un conocimiento escolar desarraigado, utilizando su propio contexto sociocultural, vinculando educación y desarrollo humano mediante el trabajo.

La obra cumbre pestalozziana, que devuelve una mirada fresca sobre la educación popular y el papel del hogar en la crianza y la educación del niño, es *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, inmensamente necesaria entre tanta reflexión pedagógica para entender la esencia del autor después de poner en marcha hasta tres proyectos socioeducativos. Destila ese libro la serenidad del conocimiento y la fuerza de su utopía. Las catorce cartas de que se compone nos ofrecen un diálogo fresco, interesante y sugerente para comprender la importancia de la educación popular en la sociedad.

Su comprensión de la persona como sujeto de su propio proyecto personal, garante de su libertad, autonomía y responsabilidad, hace que Pestalozzi conecte con las principales ideas y diversas concepciones de Durkheim, Illich y Freire. Supo entender la función de integración social de la escuela y su deber de realizar a los individuos en la libertad y que lo contrario es hacer prevalecer el sistema como ente abstracto, máquina fría, a la que sirven las personas y de la que las personas solo pueden esperar indicaciones, conocimientos y el sentido del qué y el cómo. La educación popular se presenta desde la perspectiva de Pestalozzi (1889) como un inmenso embalse que ha recorrido en todas las direcciones, identificando las obstrucciones y potencialidades, los manantiales de agua serena «y los puntos de vista desde los cuales se dejaba la posibilidad de abrir canales para desaguar su húmeda putrefacción» (p. 1). Me gustaría señalar de esta primera carta no solo el fondo, sino también el sentido estético; el vigor de la pluma. No se podría emplear una metáfora más clara, ni abordar con mayor delicadeza un asunto tan difícil como la educación popular en el siglo XIX. La humildad del autor respecto de la difícil empresa que afronta —identificar las leyes que rigen en el desarrollo en la naturaleza del ser humano— lo hace valedor de su propias esperanzas, limitaciones y búsquedas. Esto fue recogido en

su obra *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo de la especie humana* (1797).

La ciencia se construye desde la sencillez de las personas en la búsqueda de problemas y soluciones. Encontrar y/o toparse con estos y sus respuestas: a ello dedicó Pestalozzi su vida. Cuando esto se hace en un contexto de educación popular, surge la disyuntiva de si es necesario que el educador viva las circunstancias de la miseria para entenderla. Probablemente nadie haya vivido la pobreza entre los niños pobres como Pestalozzi, que identificó el poder de la educación al servicio del pueblo como motor de desarrollo y como parte de su sabiduría. Fue consciente Pestalozzi de la importancia del papel del niño en la sociedad, siendo en cada proyecto, esa microsociedad en la que proyectaba el nuevo ser humano, donde hacía educación y a la vez el cambio social; donde identificaba la participación con su sentido etimológico del término: *formar parte de y tomar parte en*. La participación es para la educación popular lo que es la niñez en sus proyectos para Pestalozzi, que defendió el establecimiento de un orden que hiciese a niños y niñas responsables de su gestión y garantes de su desarrollo. Esto no le trajo pocos quebraderos de cabeza con las personas con que compartía los proyectos, profesionales y familias, porque en el siglo XVIII y XIX aún resultaba muy difícil considerar a los niños y niñas personas con criterios y sujetos históricos (esto ahora ya no ocurre, ¿verdad?). Tal vez Pestalozzi encontrara todavía hoy serios momentos de incomprensión en su pretensión de que niños, niñas y jóvenes decidiesen cómo desean estructurar su tiempo en la escuela y sus actividades lúdicas en la sociedad o pudieran participar con voz y voto; ser tomados en cuenta en las decisiones que les afectan en su vida cotidiana, tomadas por una población adulta suficientemente formada.

La valentía de Pestalozzi corría en paralelo a su propia incomprensión por parte de colegas, familias y sociedad. Nunca fue del todo tomado en serio, y han sido los años los que han puesto al autor en su lugar. Su obra ha sido estudiada por parte de autores de todos los continentes, se ha traducido a varios idiomas y ha sido tomada en consideración por los pedagogos/as y educadores/as más influyentes en cada momento y contexto histórico.

Consideraciones finales

Estudiar a Pestalozzi es una tarea compleja por la cantidad de textos y formatos y la propia limitación idiomática. Sin embargo, la investigación que sobre su obra se ha hecho y traducciones realmente buenas de sus textos nos permiten conocer el potencial educativo que atesora la obra de un *educador* avanzado para su tiempo que fue valiente y crítico consigo mismo y se atrevió a llevar a cabo sus sueños, sus ideales; a intentar plasmarlos en realidades socioeducativas desde su profundo convencimiento político, educativo y espiritual.

Quienes dedican una parte importante de su vida a la educación, a innovar, a hacer de su trabajo una fuente inagotable de conocimiento, deben ser siempre un referente al que volver para seguir creciendo. Al igual que de Makarenko pervive la lección de su compromiso con el desarrollo de la niñez en la Rusia de finales del siglo XIX, de Freire la alfabetización de las personas adultas en las favelas de Brasil en el XX y de Wild la conformación de espacios preparados y el desarrollo comunitario a caballo entre los siglos XX y XXI, Pestalozzi sigue siendo un educador y pedagogo necesario en nuestro tiempo al vincular eslabones sueltos entre nuestros contemporáneos y relacionar lo mejor de muchos de los autores modernos: recoge el interés más profundo de la educación, el proceso madurativo del ser humano, el desarrollo comunitario, la autogestión y la autorrealización como práctica de libertad. El compromiso al que dedicó su vida es hoy un ejemplo que encuentra en la juventud el relevo necesario. Las nuevas generaciones representan hoy ese espíritu que Pestalozzi tenía con apenas veinte años. Su utopía mantiene pleno sentido, porque ¿qué puede desear más un joven que una sociedad más justa y libre, precisamente dos ideales que movieron a Pestalozzi en su vida y su búsqueda?

Referencias bibliográficas

- BOURDIEAU, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*, Madrid: Siglo XXI.
- HEAFFORD, M. R. (2016): *Pestalozzi: his thought and its relevance today*, Londres: Routledge.

- LERENA, C. (1991). *Escuela, ideología y clases sociales en España*, Barcelona: Ariel.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, C. (2003): *Vivir, educar: desde la seducción, el amor y la pasión*, Barcelona: Centro de Investigaciones Pedagógicas de Infancia, Adolescencia y Juventud.
- PESTALOZZI, J. E. (1889): *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, Santiago de Chile: Coatepec.
- (1988): *Cartas sobre educación infantil*, Madrid: Tecnos.
- SILBER, K. (1974): *Pestalozzi: the man and his work*, Londres: Routledge.
- SOËTARD, M. (1987): *Johan Heinrich Pestalozzi*, Lucerne/Lausanne: René Coeckelberghs.
- VARELA, J., y F. ÁLVAREZ-URÍA (1991): *Arqueología de la Escuela*, Barcelona: Ediciones La Piqueta.